

Presentación de *Conversaciones con Ariel Petruccelli sobre 'Ciencia y utopía. En Marx y en la tradición marxista'*

Salvador López Arnal

Nota edición: para la lectura del libro <https://herramienta.com.ar/libro.php?id=113>

Sobre Ariel Petruccelli y las entrevistas

Profesor de Historia de Europa y de Teoría de la Historia en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Comahue (Argentina), Ariel Petruccelli ha publicado numerosos ensayos y artículos de marxismo, política y teoría de la historia.

Es miembro del consejo asesor de la revista *Herramienta* y autor de *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998), *Docentes y piqueteros: de la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral-Có* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto / El Fracaso, 2005), *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* (Buenos Aires, Prometeo, 2010) y *El marxismo en la encrucijada* (Buenos Aires, Prometeo, 2011). En breve publicará *Revisiónismo revolucionario* (Rededitorial, 2020). En estas conversaciones nos centramos esencialmente en su libro *Ciencia y utopía*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta y Editorial El Colectivo, 2016.

El profesor Petruccelli se define como "marxista libertario con una amplia participación política en el movimiento estudiantil (en tiempos ya lejanos) y sindical docente". También ha cultivado el humor político en un colectivo de agitadores culturales (El Fracaso) que editó a lo largo de más de una década dos publicaciones satírico-revolucionarias: La Poronguita y El Cascotazo.

ÍNDICE

Presentación del editor: "En el principio fue el Verbo... y la generosidad."

I. "La perspectiva materialista en los términos de Marx que asumo puede sintetizarse en la sentencia: 'el ser social determina la conciencia social'."

II. "El socialismo como la organización de los productores libremente asociados nunca vio la luz, salvo a pequeña escala o por momentos fugaces."

III. "Sobre el marxismo sin ismos de Paco Fernández Buey tengo la mejor de las opiniones. En realidad la tengo del conjunto de su obra."

IV. "Antoni Domènech ha realizado un estudio histórico magistral del concepto de fraternidad."

V. "Intento mostrar que Marx tuvo una concepción relativamente ingenua del proceso de expansión capitalista."

VI. "Para Marx las cosas verdaderamente valiosas son las que constituyen un fin en sí mismas y no un mero medio para otra cosa."

VII. "La concepción usual de la dialéctica en la tradición marxista se basa en generalidades como la negación de la negación."

VIII. "La pasión política es tomar la política como una necesidad vital, como un fin en sí mismo y en el que se juegan las convicciones."

IX. "Marx, en sus últimos años, corrige algunas concepciones suyas de años anteriores; pero no veo una ruptura total o completa."

X. "Engels solía ser más perspicaz que Marx en muchas cuestiones históricas, y en asuntos científicos, por no hablar de los militares"

XI. "Plejánov es un exponente del determinismo tecnológico: una concepción que yo no comparto."

- XII. “No hay ningún vínculo necesario entre clase obrera y socialismo.”
- XIII. “Una elite revolucionaria con pocos privilegios materiales sería un gran avance pero no puede ser el objetivo.”
- XIV. “Hasta ahora la historia ha sido mucho más padecida que racionalmente creada.”
- XV. “Hay muchas vetas en la producción intelectual de Mariátegui. Es un autor vivo, y cabe esperar que lo seguirá siendo.”
- XVI. “Mariátegui no rechaza la existencia de una dimensión moral o racial, sino lo que pretendía “explicar” la miseria indígena por elementos raciales o culturales.”
- XVII. “La de Trotsky es una ética de la igualdad, del lado de los oprimidos y explotados, y de la rebeldía.”
- XVIII. “El hiperrealismo suele estar basado en la aceptación moral, no solamente intelectual, de un estado de cosas deplorable.”
- XIX. “La libertad era para Marx el mayor bien, nunca estuvo dispuesto a sacrificar el principio de la libertad por consideraciones pragmáticas de prudencia.”
- XX. “Conviene no perder de vista los usos sociales y políticos de las concepciones éticas.”
- XXI. “Las convicciones socialistas deben afincarse en un plano ético sobre el que empíricamente se puede argumentar, pero nunca demostrar nada concluyente.”
- XXII. “Igual que con la libertad, las reservas marxianas sobre la justicia son útiles para tener una mirada crítica sobre la misma.”
- XXIII. “Marx concebía la libertad como autodeterminación individual y colectiva para establecer nuestros fines sin coacciones y la capacidad de alcanzarlos.”
- XXIV. “La fuerza del desarrollo tecnológico y económico es el imperativo de la ganancia y no las humanas necesidades en armonía con el medio ambiente.”
- XXV. “La igualdad es un valor irrenunciable de la izquierda.”
- XXVI. “Marx se hizo comunista mucho antes de entender cómo funciona exactamente el modo capitalista de producción.”
- XXVII. “Quienes practicamos la ciencia somos un segmento privilegiado de la población mundial.”

A modo de despedida.

Una política socialista respecto de las fuerzas productivo-destructivas contemporáneas tendría que ser bastante compleja y proceder con lo que podríamos llamar “moderación dialéctica”, empujando y frenando selectivamente con los valores socialistas bien presentes en todo momento, de modo que pudiera calcular con precisión los eventuales “costes socialistas” de cada desarrollo. Esa política tendría que estar lo más lejos posible de líneas simplistas aparentemente radicales, tales como la simpleza progresista del desarrollo sin freno y la simpleza romántica del puro y simple bloqueo. La primera línea no ofrece ninguna seguridad socialista, y sí muy alta probabilidad de suicidio. La segunda, es para empezar, impracticable. Ejemplifiquemos eso a propósito de la más fundamental de todas las fuerzas productivas-destructivas objetivas contemporáneas, la ciencia.

La ciencia en el sentido contemporáneo es un conocimiento socializado con proyección técnica más o menos inmediata. De esta última circunstancia se deriva su peligrosidad intrínseca como conocimiento sumamente eficaz: la excelencia de la física como conocimiento, por ejemplo, es la base del armamento nuclear y químico. La reacción romántica a esa circunstancia que consiste en intentar deshacer el camino andado y, en la práctica política, bloquear la investigación, me parece, por de pronto inviable, además de indeseable. La historia documenta bastante bien que todos los intentos de bloquear la investigación en las épocas por nosotros conocidas han fracasado rotundamente. Desde Galileo hasta, desgraciadamente, la propuesta de moratoria en ingeniería genética presentada por Crick y otros Premios Nobel hace unos diez años [1974]. Por otra parte, esa política tampoco es deseable, porque lo característico de la tecnología contemporánea (como de todo conocimiento, en realidad) no es una supuesta bondad o maldad, sino su constitutiva ambigüedad práctica. La misma ingeniería genética, por ejemplo, en la que se pedía una moratoria pensando en los riesgos de su manejo de ciertos virus y en la pesadilla, aun lejana, de intervenciones políticas en el equipo genético humano, es una de las principales esperanzas en la lucha contra el cáncer.

Desde el punto de vista político-moral, la ciencia es ambigua, por así decirlo, si no queremos usar la palabra “neutral” lamentablemente satanizada en los ambientes de izquierda (...). Desde un punto de vista político-moral, el

producto científico es ambiguo y conlleva por sí mismo un riesgo probablemente proporcional a su calidad epistemológica. No es verdad que una física nuclear practicada por científicos socialistas sea menos peligrosa que la practicada por científicos capitalistas...

Manuel Sacristán (1983)

Creo que el primer principio orientador de una política de la ciencia para esa otra sociedad, para esa comunidad o federación de comunidades, debería ser una rectificación de los modos dialécticos clásicos de pensar, hegelianos, sólo por negación, para pensar de un modo que incluyera una dialecticidad distinta con elementos de positividad. Esto es demasiado largo de discutir para hacerlo ahora, pero se puede en cambio ejemplificar en la práctica.

Una dialecticidad que tenga como primera virtud práctica la de Aristóteles, es decir, el principio del *mesotes*, de la cordura, de la medida, dimanante del hecho de que las contradicciones en las que estamos no las veo como resolubles al modo hegeliano sino al modo como se apunta en el libro primero de *El Capital*, es decir, mediante la creación del marco en el cual pueden dirimirse sin catástrofe.

De todos modos, todo esto se puede decir de un modo mucho más empírico-analítico y mucho menos filosófico-clásico. La razón por la cual el principio inspirador de una política de la ciencia para las nuevas comunidades debería ser el de la medida y la cordura y no el que esperaba una solución en blanco y negro, por el juego de factores objetivos, es que eso sería prácticamente irrealizable o recusable. Recusable si se tratara de apostar por el desarrollo desencadenado de las fuerzas productivas tal como lo conocemos, recusable porque nos llevaría a la catástrofe; irrealizable si optara por el negro de una prohibición de la investigación sin más, no deseable pero además irrealizable a tenor de la experiencia histórica, que nos muestra que la mayoría de nosotros se apuntaría entonces por espíritu de libertad a lo que ya en otra ocasión (...) he llamado *la nostalgia galileana*.

Manuel Sacristán (1979)

En el principio fue el Verbo... y la generosidad

Y en el principio fue el Verbo... Pero no sólo el Verbo. También anduvieron muy cerca la generosidad de Juan Dal Maso y la del autor de *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia*.

Juan Dal Maso pasó por Barcelona (España) en 2017. Estaba de gira presentando su libro, uno de sus libros, sobre el autor de los *Quaderni: El marxismo de Gramsci*. Me llamó, conversamos en un café-librería de la ciudad de Teresa Pàmies, Salvat Papasseit, el Noi del Sucre y Salvador Puig Antich, y al despedirnos me regaló un libro de Ariel Petruccelli, un profesor argentino con el que había tenido alguna relación epistolar. Iba de ciencia y utopía en Marx y en la tradición, un ensayo de casi 300 páginas que se abría con una hermosa dedicatorio: "Para Andrea, utopía hecha realidad."

El tema me interesaba, por supuesto. Por formación (un pelín científicista), por los clásicos, por la tradición, por un libro que tenía entre manos sobre una política socialista de la ciencia y por lo leído y aprendido en tres de mis maestros: Manuel Sacristán, Francisco Fernández Buey y Antoni Domènech.

Leí, subrayé, tome notas, muchas notas, quedé entre encantado y deslumbrado y pensé enseguida en conversar con el autor. No en una sola entrevista. Pensé en varias, seis en total, una sobre cada uno de los apartados del libro: la Introducción, los cuatro capítulos y el epílogo.

La generosidad político-filosófica de Ariel le impidió responderme negativamente y mi curiosidad y ganas de aprender (y su permanente disponibilidad) hicieron que el proyecto inicial se fuera ampliando y ampliando. No fueron seis las entrevistas, sino muchas más. Nos hemos acercado a la treintena.

Las hemos ido publicando en páginas de la red a lo largo de estos dos años y las recogemos ahora, revisadas, en un libro que, en mi opinión (puedo decirlo sin pecar de inmodestia porque mi mérito es cercano a 0), enseña y mucho. No sólo sobre ciencia, filosofía de la ciencia, utopías políticas, materialismo histórico, ética, compromiso ... sino sobre muchos asuntos complementarios: la obra de Marx en general, el injustamente denostado Engels, las mil escuelas y tendencias de la tradición y sus disputas, la filosofía analítica, sobre argumentos y marxistas sin ismos (incluso con ismos), etc. Ningún lector/a, por crítico que sea, dudará en mi opinión de la capacidad analítica, del peso filosófico y de los amplios y sólidos conocimientos del profesor Petruccelli, que nunca habla por hablar y siempre va en serio (aunque cultive también la ironía y el sarcasmo políticos) incluso cuando reflexiona no sobre temas estrictamente políticos sino deportivos, por ejemplo (Entre

nosotros, y ahora que no nos escucha, el autor de *El marxismo en la encrucijada* sería, estoy convencido de ello, un excelente comentarista deportivo, de los que crean y hacen escuela).

Petrucelli y yo no nos conocemos personalmente. Uno de mis defectos es no ser muy viajero. Otro, este más imperdonable, es no haber estado nunca en Argentina, la patria, el país, la nación, como prefieran, de tres de mis héroes, de tres de las personas que más me han hecho: Ernesto Guevara, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges (olvidándonos en este último caso de todo aquello que convenga olvidar, que no es poco). Tengo, pues, un motivo extra para visitar el país hermano: besar y abrazar al verdadero autor de estas páginas.

Así que, queridos lectores y lectoras, pasen y lean. No les decepcionará. Verán, *in fieri*, un marxista que critica, conjetura, argumenta, sostiene, defiende tesis e interpretaciones, piensa con lucidez y lo hace siempre con su propia cabeza, sin miedo al error y sin encerrarse sectariamente en “el sostenella y no enmendalla”. En la línea del gran clásico: nada humano le es ajeno y, tal como Bacon (y Marx), también él piensa que es bueno dudar de todo... de todo, que no de todos, y sin incluir en ese “todo” la muy humana (y no demasiado humana) aspiración a la justicia, la libertad, la fraternidad y la construcción de un mundo más justo, más humano y en equilibrio, no destructor ni incendiario, con la Naturaleza.